

Invitación al banquete

Rutilio Grande nos desafía a buscar una nueva sociedad

en el XXXV aniversario de su martirio,

12 de marzo de 2012

Juan Hernández Pico, S.J.

Así lo dice el Génesis...el mundo material es para todos sin fronteras. Luego, una mesa común con manteles largos para todos, como esta Eucaristía. Cada uno con su taburete. Y que para todos llegue la mesa, el mantel y el conqué.¹

El 13 de febrero de 1977, prácticamente un mes antes de su asesinato, Rutilio Grande tuvo la homilía de la Misa concelebrada en Apopa para protestar contra la expulsión de El Salvador de un sacerdote colombiano, Mario Bernal, párroco en esa ciudad. Una notable concentración de gente de toda la vicaría se reunió delante del templo constituyendo lo que Rutilio llamó una gran "manifestación de fe". Se hicieron presentes además numerosos contingentes de las organizaciones populares. Eran tiempos de una fuerte movilización popular en El Salvador. Se mezclaban los estilos religioso y político. Sea lo que fuere de aquel escenario público propio de su momento histórico, lo que queda de aquella escena ¿no será precisamente la fuerza incisiva de la imagen que Rutilio forjó para indicar hacia dónde debía dirigirse cristianamente la sociedad salvadoreña?

En la Misa Salvadoreña ha quedado inmortalizada aquella imagen de Rutilio, en el canto de entrada que en todos los países centroamericanos se entona, y en otros de A.L.:

¹ Los textos de Rutilio se pueden encontrar en **Rutilio Grande**, UCA Editores, San Salvador, 1978, pp. 106-109 o en Rodolfo Cardenal, **Historia de una Esperanza**, UCA Editores, S.S., 1985, pp. 563-570.

**Vamos todos al banquete,
a la mesa de la creación.
Cada cual con su taburete
tiene un puesto y una misión.**

Hoy, al leer esta homilía de Rutilio, al escuchar el canto de entrada de la Misa que ha plasmado su imagen poderosa, surge la tentación de desecharla. Se han caído las utopías, se han derrumbado los muros, ya no hay dos proyectos históricos en nuestro mundo de hoy, sino una sola globalización teñida de capitalismo salvaje excluyente de mayorías empobrecidas cada vez más distantes de una sencilla satisfacción para todos. Y esa misma globalización atraviesa su primera crisis global hundiéndose en la miseria del desempleo a millones y millones de personas mientras las organizaciones financieras despiden a sus grandes ejecutivos y los premian con bonos multimillonarios de dólares, a pesar de haber sido los causantes de la crisis con la especulación de productos financieros sin regulación pública alguna.

Hoy, sin embargo, cuando continúa erguida la gran muralla de la pobreza que separa a dos tercios de la humanidad de una vida digna, ¿no será más necesario que nunca mantener viva esta imagen de la mesa común, de la mesa compartida de la creación, que es una de las grandes imágenes de la Biblia (Is 25,6) y tal vez la más fundamental en los Evangelios (Lc 14, 15-24 par)? “El Señor Todopoderoso ofrece a todos los pueblos en este monte un festín de manjares suculentos...y de vinos añejados...” “Un hombre daba un gran banquete al que invitó a muchos...” Se trata de una de esas “metáforas-raíz” de las que habla la CG XXXIV de los jesuitas al tocar el compromiso con la inculturación de la fe. En ellas -como en otras realidades culturales- “la mano de Dios en la variada historia humana se echa de ver...en el largo proceso -incompleto aún- del crecimiento humano” (D 4, 18).

Debemos preguntarnos hoy si estamos venciendo la tentación de no soñar. La tentación de la inevitabilidad, de pensar como inevitable la actual situación de nuestros pueblos y, por eso, la tentación de no movilizarnos contra esta gran desolación (EE, 39 y CG XXXIV, D 4, 9). Debemos preguntarnos si “ofrecemos nuestras personas al trabajo” (EE, 97) de forjar, aunque sea artesanalmente, como Jesús, las parábolas que permitan a la gente enfrentar libremente la decisión de contribuir o no a la búsqueda del Reino

de Dios “en toda la sociedad humana, no sólo en la vida futura, sino también en la presente” (CG XXXIV, D2, 3).

Rutilio, por otra parte, practicó con gran fuerza lo que la CG XXXIV ha formulado así: que “el punto focal de la misión de Cristo es la proclamación profética del Evangelio que interpela a los pueblos en nombre del Reino de su Padre” (ibid., 6).

Caín es un aborto del plan de Dios...y existen grupos de Caínes aquí en el país...y que invocan a Dios que es lo peor... No es cuestión de que lo diga yo. ¡Yo compré la mitad de El Salvador con mi dinero!...es un derecho comprado... ¡Es una negación de Dios! ¡No hay ningún derecho que valga ante las mayorías...¡Ay de ustedes hipócritas que de dientes a labios se hacen llamar católicos y por dentro son inmundicia y maldad! Son Caínes que crucifican al Señor cuando camina con el nombre de Manuel, con el nombre de Luis, con el nombre de Chabela, con el nombre del humilde trabajador del campo.

Puede que nos disuenen, en las circunstancias actuales, desde la sensibilidad colectiva de la segunda década del siglo XXI, estas palabras de Rutilio, proclamación del Evangelio tan profética como la del anuncio de la creación como mesa común de la humanidad. Puede que sintamos que hoy no podemos provocar la cólera de la gente con verdades tan crudas. Puede que pensemos honestamente que son contraproducentes para el fin de invitar a la gente a la conversión. Aunque sean palabras pronunciadas en momentos en que la denuncia ocupaba un lugar más importante que hoy en el profetismo evangélico ineludible de siempre, ¿podemos dejar pasar su aniversario sin escucharlas? Si producen estridencia en nosotros, ¿no tendremos que comprometernos con un discernimiento serio de cómo debe ser hoy entre jesuitas y colaboradores en Centroamérica la proclamación profética del Evangelio? Al fin y al cabo la CG XXXIV nos avisa de que “la frontera entre el Evangelio y el mundo moderno o posmoderno pasa por el corazón de cada uno de nosotros” (D4, 20). Y Rutilio nos recuerda que

*preferimos un Cristo de los meros enterradores o sepulture-
ros...Un Cristo mudo y sin boca, para pasearlo en andas por
las calles. Un Cristo con bozal en la boca. Un Cristo fabri-
cado a nuestro antojo...algunos quieren un Dios de las nu-
bes...que no los interroguen...y que no les diga estas tremen-
das palabras: ‘¿Caín, qué has hecho de tu hermano Abel?’*

¿No será crucial, entonces, enfatizar el proyecto de sociedad que queremos? ¿Y encontrar un lugar privilegiado para comprometernos a “seguir la acción del Espíritu Santo en el corazón humano y en el mundo” (CG XXXIV, D 2, 10)? Los procesos pos-revolucionarios de nuestros países nos han enseñado con toda claridad que personas viejas, con “corazones de piedra y no de carne” (Ez 36, 26), no construyen ninguna nueva sociedad. Rutilio recuerda, al evocar una vez más el estilo de esa nueva sociedad -mantel largos, es decir comida de fiesta, mesa común y taburetes para todos-, el corazón de la nueva convivencia humana, el mandamiento nuevo de Jesús, el amor fraterno, “resumen de todos los códigos éticos de la humanidad”, y así les indica el fondo de lo que están celebrando:

Y Cristo en medio, él que no se quitó la vida, sino que la ofreció por la más noble causa. Esto que él dijo: levanten la copa en el brindis del amor por mí, recordando mi memoria, comprometiéndose en la construcción del Reino que es la fraternidad de una mesa compartida, de la Eucaristía.

La coyuntura de nuestros países, es hoy de posguerra en muchos lugares y por eso, como en muchas posguerras, de proliferación del contrabando, también del narcotráfico, del secuestro, en una palabra del dinero fácil y violento, de ese capital “delincuencial” aprendido a acumular en los negocios de la guerra, especulando con la ayuda económica y con la extorsión y con la sangre de la gente. La plaga del secuestro hunde sus raíces culturales en la horrenda costumbre militar y policial de hacer desaparecer a la gente que disiente, se moviliza, protesta o se insurrecciona, y a sus familiares y amigos. Al mismo tiempo la globalización de signo neoliberal produce crecimiento económico, especialmente financiero, sin creación de empleo. La “fe en Dios es inevitablemente social” (CG XXXIV, D 2, 12). Frente a esa degradación del trabajo en delincuencia o en desempleo, la fe cristiana, a cuyo servicio estamos, ¿no nos empuja a buscar caminos para la rehabilitación del trabajo humano? Se trata de una ingente operación de transformación cultural. El canto de entrada de la Misa salvadoreña, con su inspiración en la homilía de Rutilio que estamos comentando, imprime fuertemente en la sensibilidad de la gente la necesidad del trabajo para que pueda haber una mesa común:

**Dios nos manda hacer de este mundo
una mesa donde haya igualdad,
trabajando y luchando juntos,
compartiendo la propiedad**

Es evidente que no se trata de una igualdad uniformizante, desincentivadora del trabajo productivo en el actual estado de la condición humana. ¿No se tratará, en cambio, de crear “comunidades de solidaridad” (CG XXXIV, D 3, 22) para ser fieles a nuestra identidad de que “somos una comunidad en solidaridad con los pobres, precisamente por el amor preferencial que Cristo les tiene” (ibid., D 2, 9)? Por eso, todos nuestros esfuerzos creativos para afrontar en nuestro espíritu de “servicio a la fe y promoción de la justicia” (CG XXXII, D 4), (o la lucha por ella, como el P. Kolvenbach enfatizó no pocas veces en seguimiento del D 2 de la CG XXXII), la situación actual y su progresiva transformación, tienen que ser hechos desde la perspectiva de alcanzar esta solidaridad que abra posibilidades históricas para la dignificación de las grandes mayorías. Claro que eso no nos eximirá de tratar de coaligar “tantos vigos dispersos”, como diría Rubén Darío, llamando a muchas puertas (Ap 3,20) e intentando despertar la magnanimidad que duerme en el corazón y en el conocimiento y la pericia de mucha gente, también de gente en situaciones minoritarias de poder, de riqueza y de prestigio. Rutilio tenía su modo de decirlo:

Hay un pan compartido por igual, sin que nadie desprecie a nadie ni se sienta superior a los demás...

Ninguna minoría privilegiada en nuestro país tiene, cristianamente, razón de ser en sí misma, sino en función de las grandes mayorías que conforman el pueblo salvadoreño. Ni las minorías religiosas tenemos razón de ser o las élites conscientes de nuestro cristianismo...sino en función del pueblo.

Al pueblo también, a aquellos “amigos suyos...en necesidad” (CG XXXIV, D 2, 9), les planteó la urgencia de convertir la Eucaristía, la mesa común de fiesta, en tarea y vida de todos los días:

No es un tomar un pan como se toma un marquesote. Es un proceso que viene de la vida, atraviesa por estos signos exteriores y va a la vida. Es un proceso que no se detiene aquí entre nosotros. Tan Eucaristía es esto como lo es también el

*Festival del Maíz que vamos a tener. Tan Eucaristía es esto como la vida del cantón, como la vida en el trabajo, como la lucha por los derechos humanos... Tan Eucaristía es esto como la organización bien llevada.*²

Estos son algunos retos que nos deja Rutilio. Para responder hoy, en nuestra situación, ¿no será imprescindible encontrar nuestro camino personal a la fuente de su experiencia del Dios vivo, al fondo de su fe, expresados tantas veces en su anuncio de la Eucaristía?

...Los valores se vivencian y se manifiestan aquí sin ninguna vergüenza, se proclaman los valores del Reino, al levantar la copa y al levantar el pan de Alguien que en el seguimiento de esos valores quedó triturado.

En el cristianismo hay que estar dispuesto a dar la vida en servicio por un orden justo, por salvar a los demás, por los valores del Evangelio.

Estas fueron sus palabras anticipadoras un mes antes de su asesinato martirial. ¿Siguen siendo hoy retadoras también para nosotros? Aunque hoy nos vuelva a parecer lejano, *habiendo sido tan cercano entre nosotros*, ¿podemos estar en la tradición cristiana y jesuítica sin que en nuestra experiencia espiritual y material esté presente el horizonte del testimonio martirial? En forma más teológica, pero igualmente anticipadora, Ignacio Ellacuría, hombre de acción intelectual que intentó desde la Universidad Centroamericana un productivo contacto con Rutilio durante toda la acción pastoral de éste en Aguilares, escribía poco antes de su asesinato martirial que el hombre nuevo, frente a la injusticia estructural dominante que mantiene a la mayoría de la población en condiciones de vida inhumanas, lleva en sí una dinámica de superación,

*en la que alienta el Espíritu de múltiples formas, siendo la suprema de todas la disponibilidad de dar la vida por los demás, sea en la entrega cotidiana incansable o en el sacrificio hasta la muerte, padecida violentamente.*³

² Este y el siguiente texto se pueden ver en contexto en R. Cardenal, Historia..., op.cit., pp. 397-398.

³ Publicado originalmente en RLT como "Utopía y Profecía". Puede verse en I. Ellacuría y J. Sobrino, *Mysterium Salutis*, 1, UCA Editores, S.S., 1992, 2a edición, p. 422.